

La Esfera

Año I — Núm.

1914 - 1931

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Retrato del augusto soberano, con el uniforme del Arma de Caballería, obtenido hace pocos días por Kâulak

La Esfera

8 Diciembre 1917

Año IV.—Núm. 206

:: ARTE ::
ESPAÑOL



EL CASTILLO DE PEÑAFIEL

ERGUIDO, fuerte, vigilante, en lo alto del aislado cerro, este buque fantasma, pone su proa al Norte, como una fabulosa nave petrificada, que asentó su quilla sobre la colina, al bajar silenciosamente las aguas de un secular y mitológico diluvio.

Esta fortaleza de Peñafiel, una de las más empinadas y difíciles de Castilla, domina por todas partes el hondo valle, fresco y umbroso, del que brota, como de un solo impulso, el otero calizo, árido y rasgado por torrenteras, donde se encarama y culmina orgullosamente este nido de águilas. Nido de águilas, sí, porque allí anidó, con las de las crestas solitarias, aquel infante, D. Juan Manuel, águila caudal y, acaso, carnicera, que produjo tan estupendas y altas obras y tan resonantes y sabidos conflictos en los revueltos días del rey Alfonso XI.

Y domina el castillo, no sólo las verdes cuencas del Duero y del Duratón, sino los cerros vecinos, que cercan la hondonada, secos, ásperos, blanquecinos, coronados de pedruscos y de aridez; en otro tiempo, acaso, vestidos de encinares y de robledos.

Al atardecer, es verdaderamente imponente la silueta oscura del castillo sobre el cielo claro hacia Poniente. Destaca la masa con una gallardía y una esbeltez de líneas, insuperables. Y deja la impresión de señorío y de dominio que diera cuando, tras las cercas, se abroquelaba el temible infante, que tan bien sabía hermanar á las armas con las letras.

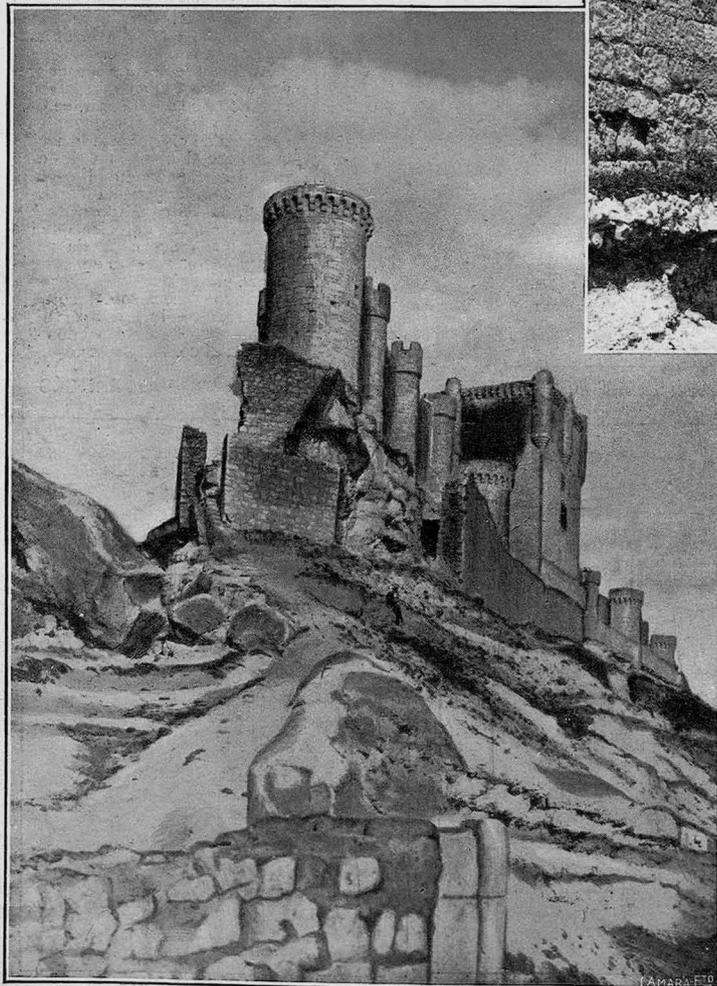
Y como está hoy la fortaleza, en su aspecto general, estaría entonces, pues los cambios sufridos, hondos si se examina al monumento en detalle, afectan poco al conjunto, al aspecto, á la silueta.

Ha desaparecido, en parte, la primera cerca en la que, acaso, hay restos de la primitiva fundación, el castillo que en 1013 edificara por aquellos lugares el conde Sancho García. Lo que hoy se conserva pertenece, en casi su totalidad, á la reconstrucción realizada por el infante D. Juan Manuel en los últimos años del siglo xiii, ó, mejor aún, en los primeros del xiv, pues esta fecha acusa la fábrica.

El castillo, en planta, es un verdadero barco, aguzado de proa, chato de popa, y con la torre, no en el centro, sino hacia adelante.



Entrada al recinto exterior y muros del Naciente



Lado Norte del castillo

La cerca exterior, de las dos que limitan esta planta, tiene, por única entrada, una puerta que se abre formando ángulo recto con la muralla, flanqueada por cubos robustos y defendida por matacanes. Y, así, la puerta del recinto interior, abierta casi enfrente de la citada, pero ya en una cortina de la segunda cerca. Cerca muy movida, con sus series de cubos cilíndricos, más elevados que los muros y que resaltan á proa y á popa muy airoso.

La torre ha sido reformada en el siglo xv, y no es de creer que afectara mucho á la fortaleza la orden que D. Juan II dió de destruirla. Debió ello referirse á obras exteriores, de las que se notan vestigios por el cerro. Y acaso á la torre, que sufrió, como decimos, reedificación en el siglo xv.

Esta torre, aislada, abre su puerta á considerable altura sobre el suelo; debió ser accesible por un tablero que se levantaba, dejando al torreón incomunicado y casi inexpugnable. Otras fortalezas de Castilla ofrecen igual particularidad.

Desaparecidas las construcciones destinadas á cobijo de servidores y hombres de armas, aún se conservan los subterráneos que fueron almacén de provisiones, aljibe, etc., y los recintos de los cubos, de admirables bóvedas esféricas.

Pero el castillo de Peñafiel es su silueta, su conjunto, su emplazamiento único y maravilloso en aquel agudo teso, cuya planta forzó la del recinto militar, cuyas escarpadas vertientes parecen continuar en los calizos muros y rematar en la arrogante torre que se corona con la ruda diadema de sus almenas y de sus cubos.

Como el castillo de Peñafiel, en tierras de Castilla, quedan en otras regiones españolas restos y vestigios de las antiguas fortalezas, último recuerdo de una edad por igual altiva y caballeresca, mística y heroica. Las montañas de la vieja Cantabria guardan también ruinas gloriosas; que son como pétreas reliquias de la Historia.

FRANCISCO ANTÓN

TIERRAS DE CASTILLA Crepúsculo de sangre

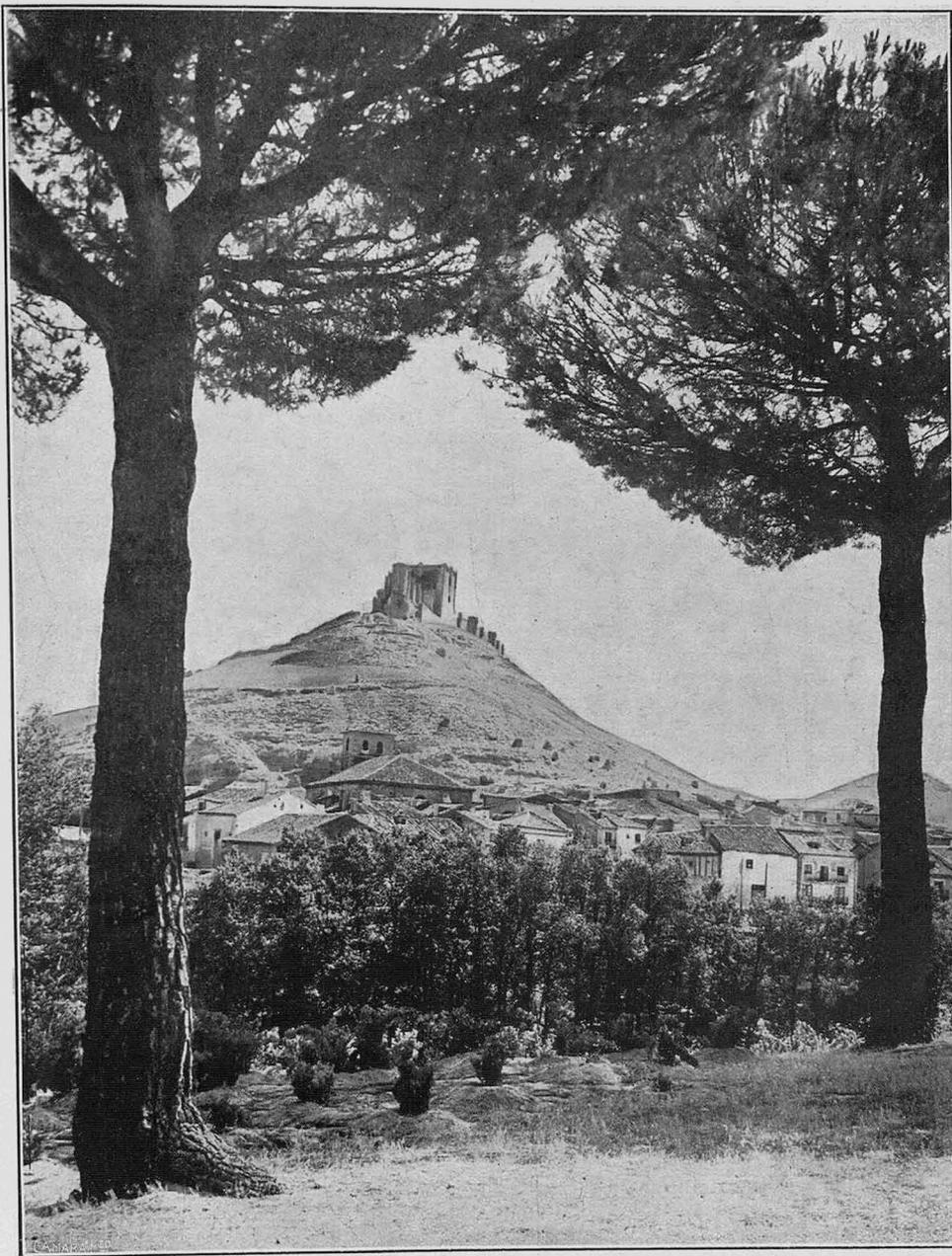
Y el sol vierte su luz roja, luz de sangre, á la hora del atardecer de esta tarde de Mayo. Hemos venido al pueblecito, de elecciones, en un carricoche, durante siete horas, por atajos y caminos de cabras, y con los huesos triturados y molidos. Quebra el sol, retrescamos la garganta y descansamos unos minutos. El término municipal está compuesto de grandes dehesas. Hay la alfombra verde de los prados, y el verde intenso de los centenos, y el acerado y metálico de las cebadas. El mismo color en matices distintos sobre la llanura infinita. Y el silencio y la paz del campo. Y nos sentimos hombres, dueños de nosotros, en esta soledad augusta que nos empuja á la acción. No somos los muñecos que son los hombres en los paisajes del Norte—recodos, repechos, rincones—, ante las cumbres, en las montañas; somos algo más, porque el alma nuestra es el centro de esta ruda y varonil belleza del campo de Castilla.

Se pone el sol. Y queremos dialogar un momento con la Naturaleza, saturarnos, empaparnos, henchirnos de lo infinito. Todo convida á la dulce comunión. Arriba, en el cielo, parpadea un lucerico temprano, que platea la copa del álamo, junto á un regato. Preludian los grillos su modulación en los trigales, y las ranas su monótono cantar. Del Tormes viene una brisa de delicia. Las sombras de los alcornoques convidan á la sabrosa procesión de los recuerdos gratos, de las horas felices.

Aquella montaracía plantada en la loma nos hace soñar sueños que se fueron.

Y tornan del campo las mujeres, de escardar. Refajos amarillos, caras tostadas, pies desnudos y terrosos. Vienen las mujeres sin cantar, de regreso, arrastrando la fatiga del día para reanudaría al apagarse el lucerico. Diez y ocho horas de trabajo; cinco reales de soldada...

¡No, no se puede soñar en el llano maldito! No es lucero el lucero que alumbró la triste caravana; no suena á música la modulación de estos grillos en el trigo. Se deshace la emoción estética en un instante. El dolor nos roba la serenidad y la ecuanimidad de la hora. Estas lomas, y esa cuesta, y esa procesión de encinares, y esta paz de la noche, y aquella brisa de pri-



El castillo de Peñafiel (Valladolid)

mavera, son un torcedor para el recuerdo. Mis hermanos son peores que esclavos: son terrores. Los otros no tienen alma, no viven pendientes de su miedo y de su tosquedad. Castilla es un camposanto donde las almas vivas yacen también enterradas. Y nadie las oye, ni las comprende, ni las ama. Almas ceñudas y solitarias en un escenario indiferente y augusto, creado para el hombre, han perdido el contacto y se mueren retorcidas de dolor.

Y la caravana llegó al pueblo. Otra vez la noche, sin intermediario. La luz de la casa de una acaña, la poesía del silencio que trata nuevamente de envolver al corazón, sin lograrlo. La angustia no nos permite la entrega sin reservas á la contemplación pura. Un mendigo en la carretera, una frase soez, una blasfemia que restalla como fusta de mayoral, una mano que se extiende pediguña. He aquí que Castilla es un

gran mendigo impúdico.

Son todos mendigos en Castilla: los que tienen, y los que no tienen, los que reciben y los que prestan; todos. He aquí un asilo de bobos amedados, de idiotas velazqueños, un hospital de mentecatos incurables que piden, que extienden eternamente una mano en la noche al transeúnte. La visión del mendigo, su melopea de falsía, vuelve á encharcarnos el agua corriente de nuestra serenidad.

Y una luna roja asoma su carita llena encima de las ruinas del Carpio. ¡Una luna, roja luna, salve! De sangre es la noche, como de sangre es el atardecer. Los mendigos se levantan de sus lechos de hospital, y requieren las hoces, reclamando cada uno la espiga de su pan.

Hay un gran estrépito.

Crujen las paredes y se resquebrajan; el piso se hunde. Los enfermos de la ración acortada vociferan. No sirve.

La luna roja hace muecas burlescas sobre las ruinas. El paisaje, eternamente sereno, no se altera.

Las espigas caen ante las hoces, debajo de la luna roja, pletóricas de grano. Ya tiene cada mendigo de Castilla su pan. Tritura la espiga, arroja la paja en la parva, que el aire corre del Norte. Encera, esconde su grano en la alhóndiga.

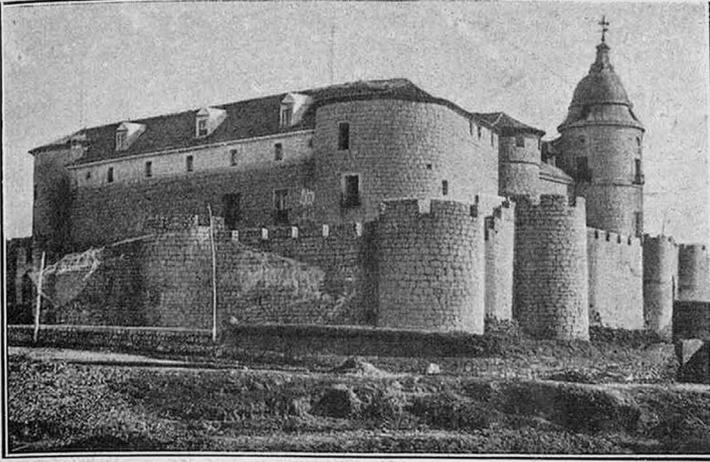
Es flor de harina ya.

Los hijos sonríen al mendigo, y la esposa le tiende los

brazos, amorosa, como en la noche nupcial.

Y el pobre mendigo, acorchado de dolor, reposa por primera vez. Abre la ventanita de su alcoba. La brisa le hinchó los pulmones; la paz le colma de sentires el corazón. Ya no le duelen las ideas en la cabeza. Allá, sobre la loma, una imagen como la del Nazareno le sonríe, dándole las buenas noches. Y croan las ranas en los remansos, y los grillos en los rastrojos. Y el paisaje ya no le duele como si fuera la proyección de su viejo corazón gastado. El de ahora rima en promesas con la flor de harina que llevará mañana al horno. Esta Castilla de su sueño, esta de ahora, es una granada realidad en sazón.

José SÁNCHEZ ROJAS



Castillo de Simancas, donde está instalado el Archivo Nacional

CASTILLOS DE ESPAÑA

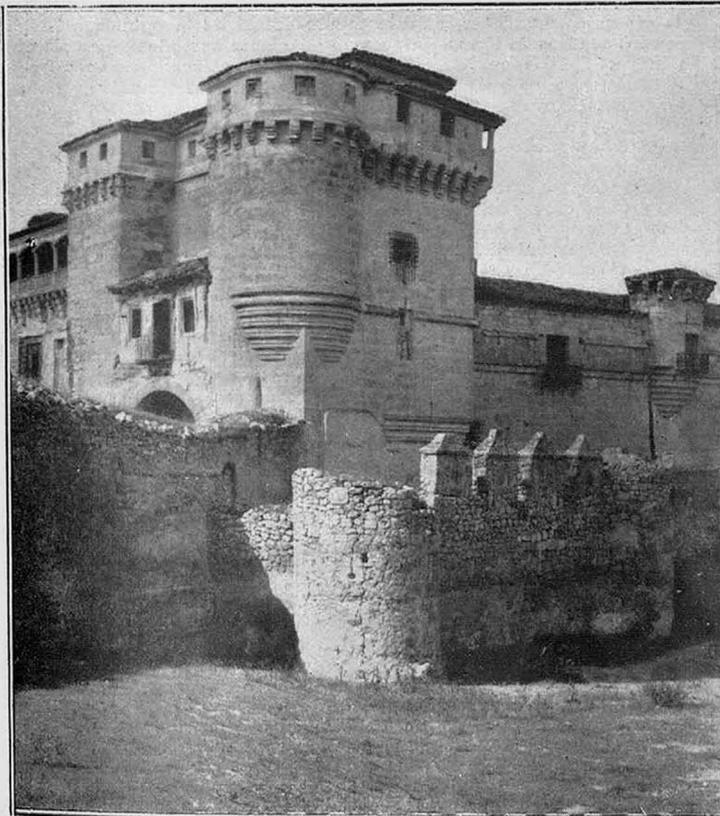
Los testigos mudos del pasado glorioso



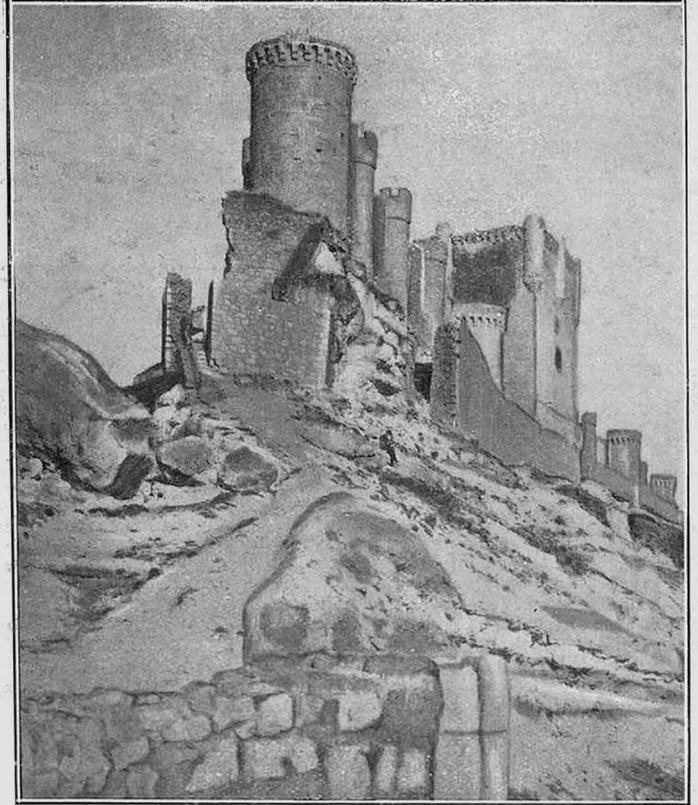
El castillo de Simancas fué residencia regia en su época próspera (siglo XIII). Después cambió de destino, para empeorar, convirtiéndose, como otros viejos fuertes, en prisión de Estado. Felipe II le ennobleció de nuevo trocando aquel lúgubre destino por el que aún conserva.

Entonces comenzaron ya las construcciones que, para adaptarle á nuevas necesidades, han ido modificando la traza y estructura del antiguo castillo.

Berruguete, Mazuecos y Herrera fueron los autores de aquellos aditamentos iniciales, y no supieron obedecer las órdenes del rey, que de-



Torres del Mediodía del castillo de Cuéllar

Castillo de Peñafiel
(Cliché Antón)

seaba conservar á la vieja construcción su carácter propio de castillo palacio.

Como castillo situado en llano—en Mota—, el de Simancas tiene, como completos máximamente defensivos, foso y altas murallas.

La planta del recinto exterior es pentagonal, y sus torres, cilíndricas. La de la torre principal, cuadrada.

Fué construido en los siglos X y XI, cuando Simancas era punto estratégico fronterizo, y su aspecto actual es, naturalmente, por razones ya apuntadas, muy diferente del primitivo.



El castillo de Cuéllar tiene también historia que pudiéramos llamar regia; pero menos limpia. Su nombre figura mucho en las crónicas escandalosas del reinado de Enrique IV. Aquel rey donó á su favorito, el tristemente famoso don Beltrán de la Cueva, el castillo y con él el señorío de Cuéllar, en 1464.

De aquella construcción primitiva sólo perduran hoy los calabozos y el salón para la guardia. La mayor parte de lo conservado es de la reforma hecha en el siglo XVI y aún hay parte importante añadida en el XVIII.

Gótico inicialmente, tiene bellas adiciones mudéjares y otras posteriores y de peor gusto, Renacimiento.

De planta rectangular, porque está en terreno menos accidentado, tiene una torre principal cuadrada y tres cilíndricas; en una de ellas está la capilla, que tiene una bella bóveda nervada muy del siglo XV.



Peñafiel fué también sede de una Corte, aunque no regia. Allí tuvo la suya, tan fecunda para las letras y para el idioma patrio, el infante don Juan Manuel, aquel príncipe artista, nieto de San Fernando: «magnate ambicioso cuanto insigne escritor». Fuerte, Corte y estudio á la vez, lo dominante en él, á pesar de su brillante destino cortesano, es lo militar; sus defensas son fuertes, y, en cambio, sus estancias y cámaras que están todas en la torre del homenaje, son reducidas. Lampérez las señala como menguadas «para una existencia regia y para la gloria de haberse escrito en ellas *El conde Lucanor*...»

El escudo real de Castilla y León, compartido con otros cuarteles en lo alto del muro, indica la obra que en el siglo XIV hizo el sabio Infante.

El castillo de Peñafiel es uno de los más antiguos en que la silueta tiene ya especialísima traza muy española, gracias á la belleza intensamente decorativa de las finas torres y los airosos garitones puestos en ángulos y frentes de la torre del homenaje. No llega aún á la complicación ornamental del Alcázar de Segovia, pero es ya del mismo tipo, más ricamente construido.